

## LA AYUDA FINANCIERA ESPAÑOLA A LA INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS

(Extraído y adaptado del artículo del mismo nombre, autor José M<sup>a</sup> Lancho, Cuaderno Monográfico núm. 70, del IHCN)

Dice el autor: la decisión política más trascendental de la historia del siglo XVIII español y la que, sin duda, más ha marcado su destino como nación fue la de apoyar a las colonias británicas del Nuevo Mundo en su guerra para separarse de la metrópoli. Aquella ayuda de finales del siglo XVIII, y sus enormes consecuencias en la supervivencia del imperio español, apenas habían sido examinadas hasta los años veinte del siglo pasado, cuando Yela Utrilla, Manuel Conrotte y Urtasun recuperaron del olvido unas páginas que demostraban el papel fundamental asumido, apenas cien años antes, por España en el nacimiento de Estados Unidos, la misma nación que en 1898 le infligiría una lacerante derrota.

Lo cierto es que la guerra hispano-norteamericana del 98, probablemente, fue fruto de una memoria truncada más que de la ingratitud. A duras penas, con una memoria mutilada, que ha tachado del recuerdo colectivo el acervo común de dos pueblos, pueden anudarse vínculos estables entre ellos. Más bien se verán abocados a un enorme desencuentro histórico. De hecho —y es esta una muestra palmaria de la relevancia en la política del elemento historiográfico—, el velo de olvido que se corrió sobre aquellos acontecimientos fue tan tupido que la sociedad norteamericana, incluida su comunidad académica, negaba a principios del siglo XX cualquier aportación española en su propia independencia, supuesta falta de ayuda en la que se evidenciaba el antagonismo congénito entre las dos naciones.

Y así, la guerra del 98, en palabras de uno de sus protagonistas, el almirante e historiador French Edward Chadwick, fue una *racial strife* (una lucha racial) entre lo hispano y lo norteamericano, factor racial este que en último extremo explicaría, como una especie de consecuencia natural, el choque del 98.

Esa errónea convicción, convertida en un prejuicio tan arraigado, llegó a sustentar una guerra de agresión, alimentó la hostilidad entre ambos pueblos y justificó algunas de las páginas más innecesarias de la historia de los Estados Unidos, rápidamente devenidos en superpotencia: la dominación político-militar de Cuba y Filipinas y la forma, muchas veces hostil, de comprender lo hispánico, algo más longevo y fatal.

Hubo un hecho básico que fue recibir ayuda en la guerra de independencia norteamericana, en la que se suministraron recursos materiales —desde la pólvora a los uniformes, pasando por las armas de fuego— en su mayor parte producidos y adquiridos en Europa, y que la falta de liquidez impedía subsanar la carestía de hombres, artillería, munición y equipamiento, según describían los propios participantes europeos y la historiografía económica actual.

Pero, durante más de dos siglos, se han pasado por alto dos conclusiones históricas de largo alcance jurídico-político. La primera es que no solo había habido una insuficiente cuantificación, computación y pago del principal de lo adeudado a España por parte de Estados Unidos, sino que tampoco se habían liquidado en su totalidad las cantidades prestadas y los pertrechos militares suministrados. Esta cuestión quedó pendiente, tanto desde el punto de vista político como del jurídico. Y sigue de hecho pendiente.

La segunda conclusión es que los ministros plenipotenciarios norteamericanos presentes en París, a pesar de que una parte considerable del dinero y los pertrechos aportados por España habían pasado por sus manos (especialmente, por las de John Jay y Carmichael, entre otros), ofrecieron una cuantificación de las cifras deliberadamente inexacta —llegaron a sostener que la contribución financiera de España había sido ínfima—, no reconociendo así la deuda principal existente y, por tanto, la importante contribución española a su emancipación política. Esto enturbió ya en origen las relaciones entre ambos países.

No obstante, debemos apuntar que esta actitud maniobrera de los negociadores norteamericanos, con el fin de eludir las obligaciones financieras contraídas, respondía a la enorme crisis económica y política con que el país advenía a su independencia.

En efecto; la guerra había consumido el capital de la neonata nación americana y dejó una herencia negra de hambrunas e inestabilidad social, reflejo de la insostenible situación financiera del país tras la onerosa contienda. La impresión, entre algunos sectores, de que el nuevo Estado estaba en quiebra y que el proyecto americano era inviable persistió hasta bien entrada la década de los noventa del siglo XVIII, hasta el punto de que Kentucky (cuya superficie era muy superior al actual estado de ese nombre, e incluía desde el río Ohio hasta los Apalaches y el Mississippi), el Tennessee y los espacios inmensos del Ohio no español, Cumberland y Franklin —un espacio que representaba el 50 por 100 de la superficie de los Estados Unidos de entonces— postularon su incorporación a la corona de España.

Durante la guerra, antes de la decisiva batalla de Yorktown en mayo de 1780, el ejército continental de George Washington había sido pasto de motines y deserciones —llegaron a sublevarse dos regimientos—. Tras la contienda, tampoco faltaron los conflictos, dado que su inaplazable necesidad de liquidez obligó a la flamante república a imponer abusivas exigencias que se tradujeron en la ruina de muchos granjeros.

En este contexto se sucede la importante revuelta de Daniel Shay, veterano de la guerra frente a Inglaterra, que desde Massachusetts se extendió a Connecticut, Nueva York y Pennsylvania. Estas circunstancias extremas y críticas en que nacieron los Estados Unidos propiciaron el «descuido» aparente a la hora de cuantificar los préstamos.

Y uno de los costes ocultos de esa decisión, en absoluto el menor, es que se consolidó una idea generalizada de soberbia y hostilidad española frente a Estados Unidos, lo que facilitó que en la república recién nacida reverdeciese renovada la llamada «Leyenda Negra», técnica manipuladora de la opinión pública que magnifica lo negativo y soslaya lo positivo del otro, falsificando su catadura moral para cuestionar su derecho a un trato justo. Todos estos antecedentes se deben tener presentes a la hora de comprender las problemáticas relaciones entre los pueblos hispánicos y Norteamérica.

### ***Capitán de Navío Eduardo Bernal González-Villegas, IHCN, Radio 5 Todo noticias***

Resumen.

La decisión política más trascendental del siglo XVIII español y la que más ha marcado su destino como nación fue la de apoyar a las colonias británicas del Nuevo Mundo en su guerra para separarse de la metrópoli. Fue fundamental el papel asumido por España en el nacimiento de Estados Unidos, la misma nación desagradecida que en 1898 le infligiría una lacerante derrota.